

APROXIMACIÓN A LAS RELACIONES ENTRE LENGUAJE Y PSICOLOGÍA COLECTIVA EN LAS CIENCIAS SOCIALES ESPAÑOLAS DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

ELENA BATTANER¹, JORDI CASTRO², BELÉN JIMÉNEZ³
UNED Madrid

RESUMEN

En este trabajo analizamos algunas de las obras psicológicas, antropológicas, lingüísticas, sociológicas y políticas que trataron las relaciones entre lenguaje y psicología o carácter colectivo en la España de la segunda mitad del siglo XIX. Nuestro estudio se articula desde un parámetro genealógico y ajustado a la estructura de los saberes de la época. Contempla así los orígenes de la conjunción psico-lingüística, los mecanismos específicos que vinculan la peculiaridad de la lengua y la mentalidad colectiva, la expresión original de ésta y sus variedades y posibilidades de expansión, corrupción o desaparición en las zonas de conflicto con expresiones psico-lingüísticas alternativas. Los resultados de este análisis han de servir de preámbulo para entender el papel que la intersección entre psicología, lenguaje y nación jugó en la construcción de una subjetividad o "identidad" española ajustada a las demandas de la modernidad y, con ella, a sus crisis globales y domésticas.

Correspondencia:

¹ E-mail: elenabattaner@msn.com. Dirección de correo: Dpto. de Lengua Española y Lingüística General. Facultad de Filología. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Campus Senda del Rey. Paseo Senda del Rey, s/n.

² E-mail: jorge.castro@psi.uned.es. Dirección de correo: Dpto. Psicología Básica I. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Campus de Ciudad Universitaria. C/ Juan del Rosal, 10. Madrid. Tlf.: 91 398 60 79. Fax: 91 398 79 72.

³ E-mail: belen_jimenez_alonso@yahoo.es. Dirección de correo: Dpto. Psicología Básica I. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Campus de Ciudad Universitaria. C/ Juan del Rosal, 10. Madrid. Becaria del Programa de Formación de Profesorado Universitario. Tlf.: 91 398 60 79. Fax: 91 398 79 72.

Palabras clave: Psico-lingüística, psicología del pueblo español, Völkerpsychologie, identidad española, nacionalismo.

ABSTRACT

The aim of this work is to analyze the literature on psychology, linguistics, sociology, and politics that dealt with the relationship between language and collective psychology or character in Spain during the second half of the 19th century. This study is built on a genealogical basis and it is also adjusted to the structure of knowledge of such century. In this sense, it approaches a) the roots of the psycho-linguistic conjunction, b) the specific mechanisms linking language peculiarity, and c) its possibilities of expansion, corruption, or disappearance within conflictive areas with alternative psycho-linguistic expressions. The results of this analysis contribute to the understanding of the role of the intersection between psychology, language, and nation during the construction of a Spanish subjectivity or "identity" adjusted to the calls and global and domestic crisis of Modernity.

Key words: Psycho-linguistics, psychology of the Spanish people, Völkerpsychologie, Spanish identity, nationalism.

INTRODUCCIÓN

El trabajo que presentamos se inscribe en una línea de investigación orientada hacia el estudio de la participación del discurso psico-sociológico -sus categorías y arquitecturas antropológicas, y sus herramientas y tecnologías de preservación, control o cambio de la subjetividad (ver Blanco, 2002)- en la construcción de la identidad nacional en el ámbito hispano. Nos interesa particularmente el periodo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX porque enmarca, con el telón de fondo de la "Crisis del 98", los esfuerzos más importantes de la órbita liberal española por diseñar una cultura nacional y, al tiempo, construir un Estado que no quedara al margen de la modernidad europea. Para dichas perspectivas, el atraso científico y tecnológico español impedía prospectar las causas intrínsecas de la decadencia colectiva y reconstruir una supuesta psicología nacional cohesionada en lo cultural y competitiva en lo económico, lo industrial o, incluso, lo militar.

No pocas de estas tareas demandaban el papel teórico-analítico y tecnológico-interventivo del "discurso psicológico". Muchas de sus manifestaciones y aportaciones pueden rastrearse en ámbitos disciplinares propios -las psicologías colectivas, la psicopatología, la paidología- o cercanos -la

antropología, la pedagogía, la criminología-. En el trabajo que aquí presentamos nos vamos a ocupar de una encrucijada disciplinar que, desde la publicación de *Los discursos a la nación alemana* de Fichte (1808/1984) a principios del XIX, hasta el conocido discurso de Renán (1882/1987) ¿Qué es una nación? a finales del siglo⁴, había resultado nuclear para la parte analítica y reconstructiva de la agenda identitaria nacionalista: nos referimos a la relación conceptual entre la mentalidad o carácter colectivo y los diversos aspectos relacionados con el fenómeno lingüístico⁵.

LAS CIENCIAS HUMANAS Y LA CONJUNCIÓN PSICO-LINGÜÍSTICA

Como bien ha mostrado Núñez (1975), desde los años sesenta comienza la introducción del pensamiento positivista y la renovación del discurso científico. Ese es el momento en el que se revitalizan las instituciones científicas y las traducciones de obras científicas extranjeras, y se fundan las primeras editoriales y revistas científicas con intenciones modernizadoras y renovadoras. También son los años en los que ciertas obras editadas en el ámbito intelectual español se enfrentan a las cuestiones planteadas por la modernas Ciencias Humanas y, unidas a ellas, a las relaciones entre el lenguaje y los fenómenos psicológicos colectivos.

⁴ Como la de Renan a propósito del Sedan, la obra de Fichte representa una llamada a la revitalización nacional ante el peligro que supone la alteridad del Otro extranjero; en este caso, representada por la expansión del imperialismo napoleónico. Así, la mayoría de las obras que teorizan sobre la nacionalidad a lo largo del siglo XIX suponen, entre otras cosas, un "mecanismo de defensa" para reforzar, por reacción, la identidad colectiva existente. En el caso español, la cuestión puede remontarse a los debates mantenidos entre los enciclopedistas franceses y los pensadores españoles del siglo XVIII. Autores como Forner o Cadalso escriben sus obras para contestar a la decadencia de España pregonada por Montesquieu, Voltaire o Masson de Morvilliers (puede verse Abellán, 1981 y Onaindía, 2002). Discursos contraidentificativos también aparecen durante la guerra de la Independencia (se puede ver a este respecto Álvarez Junco, 2001) pero no es hasta finales del siglo XIX cuando adquieren completamente los ribetes científicos y nacionalistas que caracterizan el reformismo liberal típicamente decimonónico.

⁵ Fichte desarrolla una teoría nacionalista pangermanista según la cual todo colectivo que hablara alemán podía considerarse partícipe del común espíritu de la gran nación alemana. Renan por su parte intenta desligar la identidad lingüística, como también la étnica, la territorial o la histórica, de las claves que configuran la nación. Pero su cuidado tratamiento del tema deja en evidencia que es muy consciente de la importancia que jugaba el elemento lingüístico en la construcción decimonónica del nacionalismo occidental. Su propia opinión en esta obra depende de un contexto histórico-político en el que Alemania está disputando a Francia Alsacia y Lorena argumentando motivos culturales (Blas, 1987). De hecho, en otras obras, el mismo Renán había destacado la lengua como el principal factor para distinguir el carácter de las razas arias – adaptadas a geoclimas variados y estimulantes que derivaban en lenguas ricas y cultos politeístas- y el de las semitas –adaptadas a geoclimas rudos y monolíticos que derivaban en lenguas poco flexibles y cultos monoteístas (puede verse Juaristi, 2000).

Los artículos y tratados disciplinares que tocaron en alguna medida estos aspectos fueron aquellos relativos a la filología (lingüística), psicología general y antropología física y sociológica. Los intereses, objetivos y perspectivas teóricas a propósito de la cuestión fueron, en cualquier caso, muy diversos. La lingüística fue desarrollada tanto por autores escolásticos (Monmany y Carcenery, Donadiu y Puignau, etcétera), como postkantianos (Milá y Fontanals, Flórez, Canalejas, etc.), y estudiaba -entre otros- el problema de la diversidad de las lenguas a través de la tipología lingüística y del estudio de las causas del cambio lingüístico. La psicología general, en íntima unión con la lógica, también se desplegó a través de una vertiente escolástica -Balmes- y otra postkantiana -Monlau y Rey y Heredia, Sanz del Río, etc.-, y se centraba, sobre todo, en la relación entre lenguaje y entendimiento. La antropología física se engranó en el positivismo de autores como Olóriz, Hoyos Sainz, Ferrándiz y Aranzadi, y sus aportaciones se centraron en la tipología y el devenir filogenético y ontogenético. Una vertiente antropológica más sociológica estuvo representada por Fernández y González, Salillas y, sobre todo, por Sales y Ferré, autor especialmente sensible a la multiplicidad de temas reunidos bajo el fenómeno psico-lingüístico. A todo ese ámbito disciplinar habría que unir la publicación de los tratados sobre el nacionalismo español en su doble vertiente regeneracionista: la reformista de Almirall, Mallada, Macías Picavea, Isern, Costa o Morote, y la teórica de Ganivet, Unamuno o Altamira. En no pocos de ellos se sopesará el valor de la lengua como posible manifestación de la cohesión, autenticidad, peculiaridad o potencia creativa transportada por el carácter o la psicología nacional.

ENCRUCIJADAS ENTRE LENGUAJE Y PSICOLOGÍA COLECTIVA EN EL ÁMBITO DISCIPLINAR ESPAÑOL DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Para analizar la encrucijada psico-lingüística en el entorno disciplinar configurado por las obras mencionadas más arriba partiremos de la estructura de los saberes o episteme que se genera e impone en el siglo XIX (Foucault, 2002). A partir de ella puede organizarse o dividirse el estudio del fenómeno humano en tres tipos de orientación: genética, ocupada del origen; evolutiva, escrutadora del carácter progresivo, corrupto o diversificador del desarrollo; y proyectiva, interesada por prever el horizonte de futuro en tanto que homogeneización de alternativas o persistencia en la diversificación. Veamos lo que implica cada una de ellas en el caso que nos ocupa.

Aspectos genéticos de la encrucijada entre lenguaje y psicología colectiva

La cuestión de la génesis de las lenguas es una discusión que ha atravesado los siglos (Robins, 1967; Eco, 1993). En el siglo XIX todavía perviven las clásicas cuestiones bíblicas a propósito de la génesis de la lengua originaria y, de hecho, ésta seguía siendo tema de debate en las Ciencias Humanas decimonónicas. La postura de la fe católica en la España de mediados de siglo está bien representada por las tesis de Balmes (1847/1925): en ellas convergen argumentos teológicos (Dios está detrás de los orígenes de la primera lengua del hombre), de la Historia Sagrada (la lengua madre es la de Adán), y argumentos propiamente lingüísticos (los sonidos y formas básicas de las lenguas recuerdan al hebreo, etcétera). A decir de Mourelle-Lema (1968), con esta posición teísta escolástica convivirán perspectivas liberales de ateístas condillaquianos y deístas espiritualistas que atendían a las circunstancias históricas del origen del lenguaje. Como resultado de estas últimas posiciones, los estudios lingüísticos incorporaron la división moderna entre la dimensión filosófica del lenguaje -la capacidad universal del lenguaje- y la propiamente genealógica -la evolución y aprendizaje de una lengua particular-. Para las década de los ochenta las tesis más liberales ya se habían deshecho completamente del providencialismo divino; ejemplares son los artículos que Sales y Ferré dedicó al lenguaje en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, en los que puede leerse que "aun supuesta la unidad primitiva de las razas, debieron aparecer desde un principio varias lenguas independientes entre sí y más o menos distintas. La unidad del lenguaje no hay que buscarla en una lengua primitiva, sino en la facultad de la palabra, verdadera madre de todas las lenguas, y cuya fecundidad no se agotará en tanto que el hombre existe" (Sales y Ferré, 1889; p. 367). Lógicamente, las cuestiones que vamos a tratar a continuación tienen que ver con la reflexión decimonónica sobre el origen de la palabra, dado que el desarrollo de la diversidad lingüística será abordada en el siguiente epígrafe dedicado a evolución psicolingüística.

Desde la perspectiva científica española no interesaban tanto las causas primeras de la facultad lingüística. Un síntoma de ello es que no se rastrearon hipótesis filogenéticas que relacionaran la comunicación humana y animal. Los autores van a interesarse más bien por el contexto básico de origen y desarrollo. En este punto la escena disciplinar española remedó el esquema evolutivo de E. B. Condillac (1714-1780), según el cual el desarrollo del lenguaje empezaba con la mímica y los gestos, continuaba con el lenguaje natural o de la acción y terminaba dando lugar al lenguaje hablado. Sales y Ferré fue uno de los autores más interesados en depurar las etapas de este esquema: en primer lugar destacaba un período primario

en el que la humanidad usaría gestos e interjecciones basados en relaciones de semejanza e impulsadas por el sentimiento; la segunda fase sería estrictamente imitativa, un periodo onomatopéyico caracterizado por el uso de palabras que, en contra de la opinión del lingüista F.M. Müller (1823-1900), se limitaban a replicar los sonidos de la naturaleza: en ella se lograba articular la identidad de sonido y pensamiento. Después de largos siglos, este ejercicio habría acabado por liberar al hombre de la imitación y de la onomatopeya, otorgándole la facultad de articular el sonido voluntariamente y en conformidad con el pensamiento.

En realidad, en las afirmaciones evolutivas de Sales estaba implicado un conflicto tácito que atravesó la reflexión psico-lingüística española durante la segunda mitad del siglo XIX: la interdependencia de lenguaje y pensamiento. Por un lado, aparecían las posiciones evolutivas y recapitulacionistas (las que planteaban el paralelismo entra la filogénesis, la ontogénesis y los diversos estadios de los pueblos salvajes, bárbaros y civilizados). Según este planteamiento, el desarrollo infantil o el estancamiento de los pueblos salvajes permitía contemplar los momentos básicos de la progresión psico-lingüística: gestos, gritos emocionales, interjecciones, palabras imitativas y onomatopeyas y, finalmente, sonidos articulados. Siguiendo el paralelismo, antropólogos como Telesforo Aranzadi propusieron que la "La psicología del niño demuestra que la inteligencia se desarrolla independientemente de la asimilación de un lenguaje articulado" (Aranzadi, 1898-1899; p. 293). La separación de pensamiento y lenguaje defendida en el ámbito antropológico se enfrentaba a la posición de los principales tratadistas de la psicología y la lógica de mediados del siglo. El texto de psicología y lógica más al uso en la época, el de Monlau y Rey Heredia, era claro a este respecto: "La palabra y el pensamiento están necesaria y fatalmente unidos. En rigor no se puede pensar sin hablar (...) La voz es la expresión necesaria del pensamiento, y la voluntad sólo interviene en la modificaciones de la misma voz" (Monlau y Rey, 1866; p. 66). Sin duda, la filosofía krausista vino a ampliar esa visión, y el propio Sanz del Río se encargó de precisar que "El lenguaje expresa en relación, interior o exterior, toda la vida del espíritu en pensamiento, sentimiento, voluntad: en todas sus manifestaciones, no sólo en parte de ella. Es la voz y el mediador del espíritu consigo, del espíritu con el cuerpo, y mediante el cuerpo con los demás seres y hombres" (Sanz, 1891; p. 331). Pero aún en este caso, el conocimiento psicológico estaba muy lastrado por el modelo del sujeto adulto y el imperativo de la lógica formal en los procesos intelectuales. Hasta cierto punto, esto desplazó a un segundo plano el interés por escisión y evolución diferencial de pensamiento y lenguaje.

El idealismo de raíz germana de Sanz intuía, en cualquier caso, la relación del fenómeno colectivo y los procesos psico-lingüísticos. No es

coincidencia que a esa alianza se acogiera un krausopositivista como Sales y Ferré para salvar la identidad psico-lingüística propuesta por la psicología sin renunciar al evolucionismo antropológico. En su solución, Sales distinguió sencillamente entre dos tipos de pensamiento: uno primitivo e indefinido y otro complejo y articulado. En sus propias palabras, "Si el hombre sólo habla en cuanto piensa, si la facultad de pensar y la facultad de expresar los pensamientos, más que dos facultades son una sola facultad, en los tiempos primitivos, cuando la inteligencia humana naciente no tenía más que pensamientos indefinidos y fugaces, cuando no conocía los objetos sino vaga y confusamente, sin determinación alguna, no podía el hombre, para expresar esos pensamientos, producir más que sonidos vagos e indefinidos, esto es, inarticulados (...) al paso en que ese pensamiento se fue aclarando y determinando, así también los sonidos se aclararon más y distinguieron (...)" (Sales, 1889; p. 123). Es importante terminar de transcribir la cita de Sales porque, en su opinión, esos "(...) sonidos únicamente fueron signos de tales objetos para el grupo de personas que habían concurrido a su formación" (Sales, 1889; p. 123). Desde esta perspectiva, la palabra es un signo comunicativo, convencional y negociado socialmente que adquiere su valor significante en el seno del colectivo concreto donde se elabora. Lo que presentaba Sales era, en definitiva, un sistema de signos que articulan una cosmovisión o mentalidad propia y específica de una colectividad. Por esa vía, se abandona ya el contexto del origen de la facultad lingüística o comunicativa general para ir penetrando en el desarrollo de la diversidad lingüística y, más concretamente, en las peculiaridades del caso español.

El desarrollo del conjunción psico-lingüística: hacia el lenguaje nacional

Al menos habría que distinguir dos etapas críticas en la deriva hacia la supuesta sustanciación psico-lingüística de la identidad española: la prehistórica-general y la histórica-nacional. Las vemos en los epígrafes que siguen.

La prehistoria general del desarrollo psico-lingüístico

A pesar del supuesto monogenético y divino sobre el origen del lenguaje, la propia sensibilidad bíblica de la escolástica proponía diversos momentos originarios para entender la separación de familias lingüísticas articuladas. Uno de los episodios más famosos tenía que ver con la confusión y dispersión de las lenguas provocada por la maldición de Babel. Sin embargo, el acontecimiento bíblico con más éxito clasificatorio tenía que ver con la dispersión por la tierra de los descendientes de Noé (Sem, Cam y Jafet). Su periplo había generado tres grandes linajes lingüísticos: el semítico,

propio de oriente medio, el camítico, propio del norte de Africa, y el jafético, propio del Indostán. Estas denominaciones y localizaciones fueron respetadas por las ciencias positivas decimonónicas, si bien el nombre de la última familia se cambiaría por el de indoeuropeas o arias. En cualquier caso, la empresa científica modificó profundamente tres aspectos fundamentales del esquema clásico.

En primer lugar, sustituyó el principio monogenético escolástico por uno poligenético, aceptando orígenes independientes para las diferentes conjunciones psico-lingüísticas. En realidad, la variabilidad de las raíces lingüísticas ya había sido hipotetizada por el jesuita español Hervás y Panduro a finales del siglo XVIII. Pero el eco de sus propuestas sólo llegó a la España decimonónica de la mano de los comparativistas anglosajones. De su revisión poligenista se nutrirían las tesis lingüísticas del español José María Flórez (1860) a mediados de siglo. En segundo lugar, el positivismo decimonónico separó las principales familias lingüísticas en función de aspectos morfológicos -agrupando las lenguas en analíticas, aglutinantes o flexivas- y las dotó, incluso, de un sustrato fisiológico o racial. El antropólogo Aranzadi (1898-99), por ejemplo, relacionó la estructura anatómica de los órganos fonadores de las diversas razas con cada una de las tres categorías morfológicas. Por último, el positivismo decimonónico comparó y ordenó las familias en función de su proximidad o lejanía a las características supuestamente privilegiadas de las lenguas indoeuropeas. Sales y Ferré (1889), por ejemplo, estableció tres etapas canónicas, reservando la infancia o unidad para las lenguas monosilábicas, la adolescencia o variedad para las aglutinantes y la virilidad o armonía para las flexivas. Lógicamente, en este último grupo se incluían las semitas y, sobre todo, las arias.

En cualquier caso, todas las vertientes de la antropología española perseveraron en la independencia entre los aspectos etnopsicológicos y el lenguaje: Ferrándiz y Antón (1887) o, incluso, los propios Sales y Ferré (1889) y Aranzadi (1898-99) no dudaron en impugnar dicha conexión en determinados pasajes de sus obras. Todos estuvieron de acuerdo en aceptar la categoría de "raza" aria o semita para denominar una familia de idiomas, pero no una formación etnopsicológica concreta. Además, podía ponerse en duda la monogénesis o poligénesis de la especie humana, pero no el origen múltiple e independiente de las familias lingüísticas articuladas -que diferían en las raíces, en los elementos formativos y en las leyes de combinación- y el continuo proceso de evolución, cambio natural o artificial y desaparición de sus sonidos y palabras. Así las cosas, algunos antropólogos como Ferrándiz (1892-93) o Aranzadi (1898-99) aceptaban que el lenguaje podía manifestar la vida mental o el temperamento de un pueblo o raza en un determinado momento. Sin embargo, la conexión no gozaba de un rango especial y el lenguaje podía considerarse una expresión más entre otras

de las peculiaridades y potencias caracteriológicas o etnopsicológicas del colectivo en cuestión.

En realidad, la reivindicación no sólo de tal relación sino también de su especificidad, integridad y hegemonía correspondió a planteamientos más cercanos a la psicología de los pueblos de Lazarus y Steinthal o, incluso, al idealismo lingüístico de Humboldt -todavía es temprano para la *Völkerpsychologie* de Wundt-. Particularmente, ciertos trabajos a propósito del ser nacional y la decadencia española, como los de Damián Isern (1899) o Miguel de Unamuno (1895/1996), retomaron la idea de que la lengua era la manifestación más depurada del espíritu, mentalidad o *Volkgeist* de un pueblo. Unamuno consideró, concretamente, que "La lengua es el receptáculo de la experiencia de un pueblo y el sedimento de su pensar; en los hondos repliegues de sus metáforas (y lo son la inmensa mayoría de los vocablos) ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva." (Unamuno, 1895/1996; p. 76). La apología de la peculiaridad psico-lingüística realizada por Unamuno debe entenderse, en cualquier caso, con relación a un colectivo o pueblo que ya ha superado la indefinición de las grandes familias raciales y lingüísticas.

El *Volkgeist*, en tanto que cosmovisión psico-lingüística que sustanciaba una identidad colectiva específica y completamente formada, correspondía a una nación civilizada. Y ésta era una formación colectiva compleja que sólo podía decantarse en un escenario histórico, es decir, el propio de los estados occidentales. Incluso los antropólogos tenían claro que la lengua, sin estar unido a la raza prehistórica, determinaba la historia y "nos marca la civilización" (Ferrándiz, 1892-93).

El desarrollo psico-lingüístico español en la historia

Desde que a principios del siglo XIX las lenguas vernáculas se consideraran íntimos exponentes del espíritu, carácter o mentalidad nacional, todos los países occidentales se embarcaron en la búsqueda de sus orígenes y cualidades. En la definición de "Lengua" que aparecía en el primer diccionario enciclopédico publicado en España, el *Diccionario Enciclopédico Hispano-americano de literatura, ciencias y artes*, podía leerse: "En determinados casos, y como secuela de una invasión convertida en conquista permanente, algún pueblo ha olvidado o ha dejado de hablar su lengua primordial; pero en tesis general, en cada país hablan los habitantes su lenguaje característico y especial, que tiene, a no dudar, analogías con su manera de ser." (VV.AA.; 1892; p. 745). Llevando esa perspectiva al caso español, el lingüista Manuel Milá i Fontanals se había encargado de señalar que "La parte fonética de las lenguas tiene íntimas relaciones con el carácter

de la nación, como se observa en el habla majestuosa del castellano, en la dulce y espléndida del italiano, y en la enérgica del inglés (...)" (Milá Fontanals, 1888; p. 177).

A pesar del apunte castellanista de Milá, algunos autores persiguieron antecedentes más remotos de la raza y lengua hablada por lo primeros pobladores peninsulares. Desde el punto de vista de la caracteriología racial, regeneracionistas como Ricardo Macías Picavea (1899/1992) o Luis Morote (1900) buscaron proporciones de sangre aria y semita en el linaje ibérico ancestral. Sin embargo, desde el punto de vista estrictamente académico, antropólogos como Olóriz (1894) o Aranzadi (1898-1899) aseguraban que la tipología, mezcla o pureza racial de los tiempos prehistóricos era imposible de determinar con exactitud. Lo único evidente era que "en la constitución de un pueblo entran varias razas más o menos mezcladas y fundidas, como sucede, por ejemplo, en el pueblo español, en que, examinando los rasgos físicos de los individuos, se revela la persistencia de los tipos correspondientes a las varias razas que intervinieron en su historia, como son, sin mencionar las que desde los tiempos prehistóricos contribuyeron eficazmente a la población de la Península, los celtas, los fenicios, griegos, romanos, godos, judíos, árabes, berberiscos, etc." (Aranzadi, 1898-1899; pp. 53-55). En el extremo anatómico-fisiológico, sólo podía asegurarse que la mezcla y difusión de la inmigración interna de la población española había decantado uno de los índices cefálicos más homogéneos de la Europa moderna (Olóriz, 1894). Por otro lado, la mayoría de los estudiosos del fin de siglo consideraban que el análisis de los dialectos podía arrojar alguna luz sobre la lengua más antigua de un país. Desde esa óptica, ya Humboldt (1879) había asegurado que el vasco tenía que haber sido el lenguaje de los primitivos habitantes ibéricos. Revitalizando esta hipótesis, Joaquín Costa afirmará que "Aún no se han extinguido del todo las dos lenguas que hablaron los fundadores de la gente española, en la época que podríamos llamar, con Tubino, prehistórica: el celta y el ibero. Conservan ésta los vascones, a una y otra vertiente del Pirineo (...)" (Costa, 1878; p. 89). Sin embargo, también había que tener claro que "Dos idiomas de formación relativamente moderna, el español y el francés, en contacto con ellos, lo van avasallando y señoreándose de sus ya reducidos dominio, y no tardará en anunciarse su completa desaparición" (Costa, 1878; p. 89).

No puede perderse de vista que el común origen de las dos lenguas modernas mencionadas por Costa estaba en el latín. Todos los intelectuales asumían que en el proceso de romanización los diversos pueblos europeos habían preservado su primitiva marca caracteriológica, y así Francisco de Paula Canaleja advertía que "El latín será la madre; pero ¿y el padre? (...)" El padre es la lengua natural de los pueblos conquistados, la que constituía su personalidad histórica, que le servía para lanzar el grito de guerra cuando

Scipion sitiaba Numancia y Julio César peleaba con los valerosos galos" (Paula Canalejas, 1872; p. 208). Sin embargo, ningún intelectual dudaba de que el germen psico-lingüístico que había permitido la forja y sustanciación de la nacionalidad moderna en esos pueblos debía remontarse, igualmente, a la conquista romana. La opinión del mismo Canalejas recogida en el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano al respecto de dicho acontecimiento no podía ser más clara: "Así advertimos que las lenguas neolatinas deben a su madre [el latín] los pronombres, los adjetivos posesivos, demostrativos y numerales, los verbos auxiliares, las preposiciones, las conjunciones y la mayor parte de los adverbios, así como se le deben casi exclusivamente todas las palabras que se relacionan con las funciones superiores, los que expresan los más nobles sentimientos y las pasiones generosas, y las especiales, de las Ciencias, Artes y Literatura, en una palabra, todo lo que expresa cultura, civilización, nobleza y majestad de ideas, significándose así la influencia de la cultura grecolatina en las nuevas civilizaciones" (VV.AA., 1892; p. 746).

Tal y como hemos ejemplificado con Milá i Fontanals, para la mayor parte de los intelectuales españoles los aspectos esenciales del proceso nacionalizador iniciado con la romanización podían considerarse culminados con la hegemonía castellana impuesta en todos los territorios peninsulares por los Reyes Católicos. Pero esa temprana madurez psico-lingüística también abría dos escenarios histórico-culturales conflictivos. El primero aglutinaba los procesos degenerativos de estancamiento, involución o corrupción psico-lingüística sufridos por el castellano después de su consolidación como herramienta nacionalizadora. El segundo estaba relacionado con la diversidad psico-lingüística preservada en el resto de dialectos romanistas peninsulares a pesar de la expansión hegemónica de una única lengua nacional. Analizamos esas dos propuestas en los dos puntos que siguen.

Corrupción de la lengua española

Para la mayoría de los intelectuales liberales el reinado de los Austrias supuso el inicio del estancamiento y decadencia del espíritu, la mentalidad y la lengua castellana. Sales y Ferré lo ilustraba a la perfección al señalar que "El pueblo español, al unirse bajo el cetro de los reyes católicos apareció al mundo con una actividad asombrosa que duró hasta principios del siglo XVII, en que, abrumado con la carga que había echado sobre sus hombros y exhaustas sus fuerzas, por desgracia mal dirigidas, se quedó como aletargado hasta que los despertó la revolución francesa a principios del siglo actual; conformemente, el idioma castellano se desarrolló rápidamente desde principios del siglo XV hasta fines del XVI y desde esta fecha hasta principios del XIX se mantuvo casi sin alteración" (Sales, 1889; p. 282). Siguiendo ese mismo esquema, regeneracionistas como Macías

consideraban que la influencia perniciosa del ambicioso carácter germano se plasmó en un proyecto imperialista desmesurado -la España "donde no se ponía el sol" de Felipe II- capaz de agotar las idea-fuerzas del pueblo español y condenarlo a la abulia. De hecho, Macías Picavea (1899/1992) proponía, recurriendo a la obra *Germanías* de Juan Scherr, que en ese periodo el espíritu germano y la abulia se confabulaban para alumbrar una subcultura marginal inédita hasta el momento: el Hampa. Lógicamente, a ella debía ir unida una variedad jergal y degenerada que nada tenía que ver con la pureza del verdadero espíritu castellano. Macías no desarrollaba esta cuestión, pero es evidente que en la escena decimonónica la jerga delictiva, entendida desde un punto de vista degenerativo, conectaba con las tesis antropológicas lombrosianas.

Para el criminólogo italiano Cesare Lombroso, el lenguaje de los criminales presentaba mayor número de onomatopeyas y arcaísmos que el lenguaje de los ciudadanos honrados. Esto le permitía comparar el supuesto carácter atávico o involutivo de los delincuentes con el propio de la cultura primitiva de los pueblos salvajes o bárbaros. Sin embargo, es importante apuntar que la mayor parte de los antropólogos españoles consideraban que todo lenguaje, incluido el de las civilizaciones más avanzadas, poseía onomatopeyas y otras expresiones de este carácter. Partiendo de esta evidencia, Rafael Salillas reinterpretó la supuesta deriva jergal y marginal del castellano en la historia española. Ciertamente la jerga podía considerarse una "(...) forma parasitaria de cada idioma" pero por esa misma razón "(...) procede, en vez de compararla con idiomas más o menos remotos, hacer un estudio de relación con el idioma de que se nutre (Salillas, 1896; p. 15). Así, a diferencia de Macías, Salillas relacionó el habla marginal con un mecanismo psico-fisiológico derivado de la propia circunstancia histórica española: el hambre y, con él, la picaresca.

Bien por las irrupciones léxicas y gramaticales provenientes de otros idiomas nacionales, como planteaba Macías, bien por las "degeneraciones" sociolectales del propio castellano, como planteaba Salillas, lo cierto es que la pureza del idioma y, con él, de la mentalidad nacional, estuvo muy presente en la reflexión psico-lingüística española durante la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, a pesar del remozco positivista procurado por la época, las raíces de la cuestión se pueden remontar a la creación de la Real Academia Española en 1714 y su ilustrativo lema de "Limpia, fija y da esplendor". Fue otro tema psicolingüístico, el de la variedad de lenguas y psicologías peninsulares, el que realmente se configuró como problema novedoso en el intervalo histórico que aquí nos ocupa.

Variedades psico-lingüísticas de los pueblos peninsulares

La diversidad psico-lingüística del territorio peninsular no empezó a convertirse en un problema político-ideológico hasta la segunda mitad del siglo XIX. La propia esfera liberal se hallaba tácitamente dividida a ese

respecto. Algunos regeneracionistas como Morote (1900) o Macías Picavea (1899/1992) defendían esa variedad psico-lingüística impugnando la agenda casticista, centralizadora, homogenizadora y autoritaria que había supuesto el legado austracista hasta finales del siglo XVIII y el afrancesado desde los inicios del XIX. Frente a este panorama histórico, otros regeneracionistas como Costa (1878) o el primer Unamuno (1895/1996) consideraban prácticamente inevitable el proceso por el que el castellano desplazaba progresivamente al resto de lenguas peninsulares, particularmente al vasco, al gallego y al catalán. Unamuno, que había dedicado su propia tesis doctoral a la lengua vasca, no tardó en invitar a sus paisanos a olvidar el euskera y a empezar a utilizar profusamente el castellano. Por su parte, Costa afirmaba que el castellano se iba imponiendo por su fuerza. Para éste, "con el progreso de la nacionalidad, elevado a lengua oficial el dialecto castellano, disuelto el antiguo organismo administrador, centrado el gobierno provincial, ha entrado en escena dicha lengua, poniéndose frente a frente con el catalán y en inmediato contacto con él, y acrecentado de día en día su acción avasalladora por los múltiples órganos de la administración, de las leyes, de las escuelas, de la prensa política, etc. (...) vemos, ya a mediados de ella, castellanizado ese catalán gradense" (Costa, 1878; p. 41). En estos casos, la extensión del castellano se consideraba un proceso nacionalizador y, al tiempo, modernizador, apto para cohesionar el espíritu español y dotarle de las competencias necesarias para enfrentarse las empresas internacionales.

Sea como fuere, ninguna de esas tendencias pudo dejar de reconocer la diversidad psico-lingüística peninsular y la trágica experiencia histórica de las agendas socio-políticas uniformadoras. Gestionar esa diversidad sin caer en el extremo segregacionista ni en el canovismo más conservador fue la misión fundamental que el nacionalismo liberal trató de llevar a buen puerto. Al margen de la mayor o menor atención prestada a sus propuestas políticas y reformistas, es evidente que si tuvieron éxito en la construcción etnopsicológica de una idea de España que se consolidó a lo largo del siglo XX. Ésta fue retomada y debatida por toda suerte de facciones políticas, tendencias literarias y disciplinas científicas. De entre éstas últimas destacaron sobre todo los trabajos liderados por Méndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos; una empresa que, en sentido ciertamente conciliador, trató de demostrar que el español, la lengua nacional, se había constituido a partir de aportaciones de los diferentes dialectos peninsulares.

Proyección de futuro: hacia una lengua y una mentalidad universal

Entre los vericuetos de la discusión sobre la degeneración y variedad psicolingüística española, aparecían las posibles alternativas de su devenir. Básicamente, la escena finisecular debía sopesar dos posibilidades que,

hasta cierto punto, resultaban incompatibles entre sí: la primera, de carácter imperialista, aspiraba a convertir el lenguaje y el espíritu español en la lengua internacional y civilizadora; la otra, la humanista, sopesaba la posibilidad de alcanzar un lenguaje universal y común a todas las naciones.

El español como lengua imperial

Algunos autores se mostraban partidarios de velar por la pureza psico-lingüística del español pensando en la posición que éste ocupaba y que debía seguir ocupando en el escenario internacional. Atendían, sobre todo, a su pasado en el continente americano y su probable futuro en el africano. En esa línea, Costa publicó en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza una serie de trabajos sobre los dialectos de transición en los que señalaba que: "De todas las naciones de Europa, los españoles son los únicos que pueden tener actualmente la ambición de disputar a los ingleses y rusos la preponderancia futura en los movimientos étnicos de la humanidad" (citado por Costa, 1878; pp. 67-68). Prácticamente todos los estudiosos españoles estaban de acuerdo con que el castellano había sido la lengua del imperio, obviando cualquier tipo de conflicto que esto pudiera suponer para el reconocimiento de la diversidad psico-lingüística intranacional. Y es que, a pesar de las críticas vertidas contra el programa imperialista de los Austrias, la conquista americana aparecía como una manifestación de las potencias de la raza española.

Lógicamente, en ese proceso había jugado un papel fundamental, y todavía seguía jugándolo, la lengua castellana. Morote, por ejemplo, tenía claro que "La lengua de Castilla que es una de las cuatro que más se hablan en la tierra, vivirá por los siglos de los siglos. Nuestra habla, cultura, arte, genio y espíritu de raza, se perdurará y será la razón de ser en el planeta de una España, la más grande España, patria moral y mental de dieciocho nacionalidades, de casi todo un continente, de un mundo separado de nosotros, políticamente, pero queriendo y pensando las mismas cosas que su madre augusta, pues al hablar, al escribir, al reír, al cantar, al amar, habrá de hacerlo en castellano." (Morote, 1900; p. 262). Desde ese punto de vista, y en contraste con el supuesto espíritu materialista y depredador que los autores atribuían a los pueblos anglosajones, lo importante había sido el proceso civilizador y cultural que el espíritu español había expandido por el mundo. De hecho, la esperanza era poder reutilizar la convergencia psico-lingüística con las ex-colonias hispanas en un futuro próximo. Era la manera de retomar cierta tutela cultural y, cómo no, la de restaurar vías económico-comerciales sobre el viejo imperio. Esto era lo que trataba de expresar alegóricamente Ángel Ganivet cuando al final de su *Idearium* español señalaba que "(...) nuestras conquistas materiales podrán ser aún

fecundas, al renacer hallaremos una inmensidad de pueblos hermanos a quienes marcar con el sello de nuestro espíritu" (Ganivet, 1897/1996; p. 152).

Al margen de la relación histórica con las viejas colonias, algunos autores como Costa también sopesaron en algún momento las posibilidades de divulgación en el continente africano, vía lingüística, del espíritu español. Ciertamente, en esa lucha imperialista regida claramente por intereses mercantiles y comerciales, se vieron inmersas la mayoría de las naciones europeas a finales del siglo XIX y principios del XX. Políticos e intelectuales impulsaron la participación del estado español en ellas, aunque el duro varapalo recibido en Cuba y la reordenación de las potencias internacionales sólo permitía desempeñar un lugar muy secundario. Este panorama, unido a la nostalgia del imperio pasado, también favoreció la petición de un retraimiento interior. Ganivet o un Costa ya desengañado de empresas internacionales creyeron que la búsqueda de la España auténtica debía circunscribirse a la propia península.

La lengua universal

La posibilidad de llegar a construir una lengua artificial, perfecta y universal es una cuestión debatida desde la Edad Media. Durante un tiempo se pensó que el latín bien podía cumplir esa función; sin embargo, la ingente diversidad y complejidad psico-lingüística de los pueblos asumida por todas las disciplinas decimonónicas dio al traste con esa posibilidad. En el extremo idealista, Sanz de Río aseguraba que "Una lengua universal es verdadera, y hoy real, en la forma y leyes del lenguaje y en los sentidos primarios y generalísimos de las radicales; pero es anti-natural e irrealizable, permanentemente, en una determinada lengua positiva histórica; la cual es, por ley natural, superior a voluntad o decreto humano, y tan individual y varia como son los caracteres y el semblante y todo el modo de ser de cada hombre o pueblo" (Sanz, 1891; p. 334). Casi al pie de la letra, Sales condensaba la opinión sociológica asegurando que "A medida que varían las condiciones de vida, que la cultura adelanta, las palabras cambian irreversiblemente, y cambian siempre conforme a la ley de la semejanza, y sin parte alguna en ello de la voluntad humana. Por la misma razón han fracasado y fracasaran siempre las tentativas individuales por crear una lengua universal porque si tal lengua hubiese de existir, lo que, dicho de paso, es imposible, únicamente el pueblo podría formarla, con arreglo a la ley que rige la vida del lenguaje, no tal o cual individuo en vista de un particular fin." (Sales, 1889; p. 298).

Denostada la posibilidad de elaborar artificialmente un lenguaje universal, la única alternativa para acceder a la mentalidad de un pueblo ajeno era a través de su lengua, bien estudiándola y conociéndola -como recomendaba

Macías Picavea (1899/1992) para mejorar el intercambio intelectual y comercial- bien por una imposición natural de "la palabra extranjera que expresa mejor un pensamiento que la propia, se abre paso y toma asiento en el lenguaje indígena a pesar de las excomuniones de literatos y académicos" (Sales, 1889; p. 298). Esta segunda vía psico-lingüística fue llevada al extremo por Unamuno para delinear, precisamente, la utopía universalista que había sido negada por la mayor parte de sus coetáneos. El autor vasco consideraba necesario que el propio espíritu español se fuera desembarazando en el uso natural de sus aspectos más casticistas y característicos. Debía enriquecerse impregnándose de terminología extranjera como, de hecho, ya había sucedido en el pasado remoto -preservando términos del romanismo- y próximo -adquiriendo algunos barbarismos de los grandes sistemas filosóficos alemanes del siglo XIX- (Unamuno, 1895/1996). Sin duda, en la perspectiva cosmopolita de Unamuno pesaba su temprano socialismo, pero sobre todo el germen de un krausismo cristiano que preveía un estadio ideal, armónico y fraternal para el futuro utópico de la Humanidad.

UNA REFLEXIÓN A MODO DE CONCLUSIÓN: LOS DOS MARCOS DE LA PSICO-LINGÜÍSTICA COLECTIVA Y SU DERIVA EN ESPAÑA

Sin duda, la reflexión psico-lingüística durante la segunda mitad del siglo XIX se convirtió en una de las líneas medulares de un doble marco -no siempre complementario- en el que cabe inscribir el desarrollo de la psicología colectiva a lo largo del siglo XIX. El primero de ellos corresponde a una perspectiva general y evolutiva que toma por objeto el conjunto de la especie humana y su probable unidad psíquica. Por derivación de éste, e independientemente de la posición monogenética o poligenética ejercida, el segundo marco atiende al proceso de diversificación, personalización e, incluso, especialización de los diversos grupos humanos. Aquí es donde cobra sentido la atención presentista a las peculiaridades históricas, culturales, raciales, caracteriológicas o lingüísticas de los diversos pueblos hasta su consolidación como naciones históricas. El propio Wundt detectó ambos marcos en sus *Elementos de Psicología de los Pueblos* (Wundt, 1926), declarándose heredero del primero de ellos -representado por Lazarus y Steintal- y, en consecuencia, estudiando las íntimas relaciones entre mentalidad y lenguaje con una sensibilidad muy cercana a la línea humboldtiana. El segundo marco fue especialmente desarrollado en la escena intelectual francesa por autores como Taine, Le Bon o Fouillée. En sus obras el lenguaje se convierte en uno de los muchos productos culturales que vienen determinados por una estructura etnopsicológica primaria del colectivo (la raza, la herencia, el espíritu, etc.). Un buen ejemplo de ellas son obras como *Bosquejo Psicológico de los Pueblos Europeos*, donde los

compromisos psico-sociológicos de A. Fouillée (1902/1943) con el concepto natural de estado-nación -y, por ende, con una agenda político-ideológica anexa- son evidentes e incluso explícitos.

Sin duda, tanto las condiciones académicas como la situación socio-política española promocionaron fundamentalmente el despliegue del segundo marco comentado en la esfera intelectual del país. De hecho, no deja de resultar significativo que el propio Fouillée recurriera a los ensayos de los regeneracionistas españoles -Mallada, Ganivet, etc.- para elaborar el capítulo relativo a España de su obra magna. Sólo algunos antropólogos y filósofos como Sales y Ferré o Sanz del Río se permitieron un disciplinado aunque breve paseo por las relaciones genéricas entre la facultad lingüística y los procesos psicológicos colectivos. Sin duda, en ese tipo de perspectiva se encontraba el germen de aproximaciones más sistemáticas a los orígenes psico-lingüísticos de la cultura humana; una sensibilidad que, andando el tiempo, fue acogida y representada por la tradición vygotskiana en la escena internacional⁶. Sin embargo, también es cierto que a principios del siglo XX ese marco tampoco pudo escapar a su destino como propedéutica de las identidades nacionales; es decir, como preámbulo al segundo marco. Avanzando el nuevo siglo, su cultivo disciplinar fue decayendo al ritmo del propio proyecto psico-sociológico wundtiano y, al tiempo, abonando algunos de los argumentos más chauvinistas, reaccionarios e integristas de los diferentes nacionalismos europeos. En España, al menos hasta la Guerra Civil y la victoria franquista, los intelectuales liberales que trabajaron en la construcción de un estado-nación propiamente español todavía trataron de administrar la diversidad etnopsicológica y, por ende, psico-lingüística que, aparentemente, presentaban los diversos sectores peninsulares. Lógicamente, en coherencia con su proyecto descentralizador, el nacionalismo liberal no podía fomentar al extremo una identidad de raza, lengua y mentalidad para el conjunto del estado. Esa triple identidad, sin embargo, sí fue promovida por aquellos intelectualistas regionalistas que, como Sabino Arana y Arturo Campion en el País Vasco, Torrás y Bages y Prat de la Riba en Cataluña o Vicente Risco en Galicia, sí pretendieron estimular la escisión estatal de sus respectivas "comunidades imaginadas". Ya después de la guerra Civil, el franquismo no sólo hizo una dramática tabula rasa de ambas "invenciones nacionales" -la liberal españolista y la regionalista- sino que usó muchos de sus referentes para diseñar su propia nacionalismo totalitario. Sin embargo, los conflictos culturales, sociales y políticos derivados de la incompatibilidad de las dos construcciones nacionalistas se mantuvieron latentes. Es evidente que, todavía sostenidos en no pocos

⁶ Y que encuentra una evidente línea de línea de continuidad en la actual psicología cultural (ver Wertsch, 1991; Jahoda, 1995; Cole, 1999; Rosa, 2000).

argumentos psico-lingüísticos, muchos de ellos continúan traumáticamente abiertos en el momento actual.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abellán, J.L. (1981) *Historia Crítica del Pensamiento Español. Del Barroco a la Ilustración (siglos XVII y XVIII)*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Álvarez Junco, J. (2001) *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.
- Aranzadi, T. (1898-1899) *Lecciones de antropología. Etnología: antropología filosófica y psicología y sociología comparadas*. Madrid: Romo y Füssel.
- Balmes (1847/1925) *Filosofía elemental. Metafísica*. Barcelona: Biblioteca Balmes.
- Bianco, F. (2002) *El cultivo de la mente: un ensayo histórico crítico sobre la cultura psicológica*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Blas Guerrero, A. (1987) "Estudio preliminar". En E. Renán *¿Qué es una nación?*. Madrid: Alianza.
- Paula Canalejas, F. (1872) *Estudios Críticos de Filosofía, Política y Literatura*. Madrid: Imprenta Bailly-Bailliere.
- Cole, M. (1999) *Psicología Cultural*. Madrid: Morata.
- Costa, J. (1878-1879) "Los dialectos de la transición". *Boletín de la Institución Libre de enseñanza*, 2: 81-82, 114-115.
- Eco, U. (1993) *La búsqueda de la Lengua Perfecta*. Barcelona: Crítica.
- Ferrándiz, A. (1892-1893). *Doctorado de Medicina. Conferencias de antropología*. Madrid: Ed. litogr. Sánchez Covisa.
- Ferrándiz, A.; Antón. I.M. (1887) *Programa razonado de Antropología*. Madrid: Imp. Viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- Fichte, J.G. (1808/1984) *Discursos a la nación alemana*. Barcelona: Orbis
- Flórez, J.M. (1860) *Preliminares de la Gramática razonada*. Madrid: Imprenta de Manuel Minuesa.
- Foucault, M. (2002) *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: siglo XXI
- Fouillée, A. (1902/1943) *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*. Buenos Aires: Editorial Americalee.
- Ganivet, A. (1897/1996) *Idearium Español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Humboldt, G. (1879) *Los Primitivos Habitantes de España. Investigaciones con el auxilio de la lengua Vasca*. Madrid: Librería de José Anillo.
- Isem, D. (1899) *Del desastre nacional y sus causas*. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minerva de los Ríos.
- Jahoda, G. (1995) *Encrucijadas entre la cultura y la mente. Continuidades y cambio en las teorías de la naturaleza humana*. Madrid: Visor.
- Juaristi, J. (2000) *El bosque originario*. Madrid: Taurus
- Macías Picavea, R. (1899/1992) *El problema nacional*. Madrid: Fundación Banco Exterior.

- Milá i Fontanals, (1888-1893) *Obras completas del doctor Manuel Milá i Fontanals*, coleccionadas por M. Menéndez Pelayo. Barcelona: Imprenta Barcelonesa.
- Monlau, P.; Rey, J.M. (1846/1866) *Curso de Psicología y Lógica*. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra. 7ª edic.
- Morote, L. (1900) *La moral de la derrota*. Madrid: Imprenta G. Juste.
- Mourelle-Lema, M. (1968) *La teoría lingüística en la España del siglo XIX*. Madrid: Editorial Prensa Española.
- Núñez, D. (1975) *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid: Tucur.
- Olóriz, F. (1894) *Distribución geográfica del índice cefálico en España deducida del examen de 8.368 varones adultos: memoria presentada al Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano en sesión de 19 de octubre de 1892*. Madrid: Imp. del Memorial de Ingenieros.
- Onaindía, M. (2002) *La construcción de la nación española*. Barcelona: Ediciones B
- Renan, E. (1882/1987) *¿Qué es una nación?*. Madrid: Alianza.
- Robins, R.H. (1975) *Breve Historia de la Lingüística*. Madrid: Paraninfo.
- Rosa, A. (2000) "Entre la explicación del comportamiento y el esfuerzo por el significado: una mirada al desarrollo de las relaciones entre el comportamiento individual y la cultura". *Revista de Historia de la Psicología*. Vol. 21, nº4, pp. 77-114.
- Sales y Ferré, M. (1889) "Del origen del lenguaje". *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. 13: 119-123, 281-283, 296-300, 344-348, 366-368.
- Salillas, R. (1896) *El lenguaje. Estudio filológico, psicológico y sociológico (con dos vocabularios jergales)*. Madrid: Victoriano Suárez.
- Sanz del Río, J. (1894) "El lenguaje". *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. 15: 331-334; 18: 21-25.
- Unamuno, M. (1895/1996) *En torno al casticismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- VV.AA. (1892) *Diccionario Enciclopédico Hispano-americano de literatura, ciencias y artes*. Tomo 11. Barcelona: Montaner y Simon.
- Wertsch, J. (1991) *Voces de la Mente. Un enfoque sociocultural para el estudio de la Acción Mediada*. Madrid: Visor.
- Wundt, W. (1926) *Elementos de psicología de los pueblos. Bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad*. Madrid: Jorro.